

Tanto en el contexto de la filosofía posmoderna, en la que autores como Foucault proclamaron la muerte del hombre, como en el de la ciencia, en concreto la neurobiología, el estudio del hombre o el de la persona se ha realizado de modo reduccionista o se ha obviado su relevancia filosófica. En el caso de la ciencia, la situación es más acuciante hoy, pues los adelantos en el estudio cerebral y neuronal parecen amenazar la importancia de lo anímico o espiritual, suplantando con interpretaciones naturalistas el lugar que ha de ocupar la persona. Desde un punto de vista más amplio, que supere las estrechas miradas de los nuevos científicismos, lo que urge es recuperar un punto de vista holístico o sintético que reivindique la unidad de la persona humana y la coherencia y compatibilidad entre lo físico y lo psíquico. Solo de ese modo, se podrá hacer frente al desafío que representan algunas perspectivas materialistas.

Para este fin el breve texto de J. A. Lombo y J. M. Giménez Anaya se antoja indispensable. Su brevedad y claridad expositiva son útiles para el filósofo, pero también para el científico, pues integran las aportaciones de la filosofía clásica realista con los últimos datos aportados por la neurobiología. El título avanza ya la conclusión: lo que encuentra la reflexión sobre el hombre es su composición unitaria y armónica, de modo que puede colegirse que las visiones antropológicas monistas o dualistas resultan ineficientes para comprender cabalmente la realidad personal.

“Las múltiples dimensiones de la vida humana no pueden entenderse integralmente ‘sin’ una base neurobiológica, pero tampoco pueden entenderse integralmente ‘solo’ desde una base neurobiológica”, indican para contrarrestar la preponderancia que tanto popular como científicamente están adquiriendo estas aproximaciones. En este sentido, los autores acotan el ámbito de sus investigaciones y deciden mostrar al hombre como unidad psico-física solo en los campos del conocimiento y de la emoción. La selección de ellos está claramente justificada, pues tanto a la hora de explicar los procesos de intelección como la afectividad están más de moda las comprensiones naturalistas.

La parte principal del libro se dedica a exponer detalladamente como tiene lugar la cognición. El acierto, como se ha indicado, es ofrecer explicaciones complementarias entre la filosofía, la psicología y la neurobiología, pues en cada uno de las fases analizadas se concretan también el procesamiento neuronal y sus efectos. De ese modo, se manifiesta el carácter inmaterial y físico de todo el proceso y las deficiencias de las visiones materialistas. Lo importante del conocer, más allá de lo corporal, es la aprehensión de la realidad conocida. Al hilo de ello, se analizan los sentidos externos y los internos y se pone especial énfasis en subrayar las diferencias y analogías con otros seres vivos, advirtiendo siempre de la excepcionalidad de la organización humana.

Los autores no obvian las cuestiones más debatidas. Así por ejemplo es especialmente interesante la reflexión que realizan en torno a la estimativa y la memoria, en primer lugar, distinguiendo la primera como el sentido intencional del futuro y la segunda como referida al pasado. Aclaran, además, que en todo el proceso de cognición el hombre no solo desempeña un papel pasivo ni es un mero receptor de lo sensible. Por el contrario, las diversas facultades cognoscitivas no solo transmiten, sino que elaboran la forma cognoscitiva y la adecuan a la inteligencia. Además, resulta especialmente adecuada su exposición de la atención, pues constituye un tema preocupante, tanto a nivel educativo como social y cultural. En este sentido, es oportuno destacar que la atención es conformable y por tanto como conocimiento selectivo puede desarrollarse a través de hábitos o bien de rutinas, extremos que son, según los autores, confirmados por los estudios científicos.

La afectividad también muestra la integración y armonía entre lo corporal y lo anímico y por ello mismo es un campo a explotar por quienes mantienen una concepción amplia y unitaria de la persona. Para los autores el estudio de las emociones tiene que poner de manifiesto el triple aspecto que encierra su definición, a saber, reacción tendencial ante el conocimiento práctico de una realidad dotada de valor. En este sentido, la afectividad hace referencia primero a un conocimiento sensible; en segundo lugar, al movimiento tendencial, lo que constituiría el elemento central. Y, en tercer lugar, habría que aludir a las reacciones fisiológicas, que constituirían la base material de los afectos y emociones.

¿Cuál es, sin embargo, la relación entre la afectividad y la inteligencia? Lo importante es, junto con la capacidad de las emociones por mover a la acción, que la inteligencia y la voluntad pueden influir sobre las mismas. Como sucedía con la atención, la operatividad sobre las emociones se ejerce también a través de los hábitos. La conclusión de los autores

tras su análisis de la afectividad es que los fenómenos fisiológicos “tienen razón de consecuencia o efecto de algún estímulo”, pero requieren de una explicación causal.

La última parte del ensayo, antes del epílogo, está dedicada a profundizar sobre los aspectos dinámicos de la unidad de la persona. De este modo, los autores creen que la unidad puede ser reforzada o debilitada. Esto último es lo que ocurre a su juicio con las enfermedades mentales, cuya descripción en este libro amplía el campo de la terapéutica y retoma los clásicos análisis de la psicología filosófica.

Se trata, en definitiva, de un ensayo interesante, que aporta informaciones científicas valiosas y útiles sin duda para la filosofía personalista. Al enfrentarse con seriedad a los debates planteados en la actualidad, permite cerciorarse de lo enriquecedor que puede ser también desde el punto de vista del personalismo integrar reflexión filosófica y conocimiento científico y los beneficios que de esa integración se alcanzan en la comprensión de la persona y en la defensa de su dignidad.

JOSÉ MARÍA CARABANTE